

sin dala fuego, de si misma se disparò, con tan furioso trueno, que matò à muchos, i espantò à todos, de tal manera, que los mas caieron en Tierra, i se fueron retirando, aunque por las otras partes continuaba la Batalla, tan porfiadamente, que se tuvo por cierto, que acabàran aquel dia los Castellanos, si no fuera por lo que decian los Indios, que la Imagen de Nuestra Señora les bebaba tierra en los ojos, i que vn Caballero mui grande, vestido de blanco, en vn Caballo blanco, con Espada en la mano, peleaba sin ser herido, i su Caballo, con la boca, pies, i manos, hacia tanto mal, como el Caballero con su Espada.

Los Indios afirmaban, q N. Señora, i el Apostol Santiago ayudaban à los Castellanos.

Respondianles los Castellanos: *A vereis, que vuestros Dioses son falsos: esa Imagen es de la Virgen Madre de Dios, que no pudistes quitar del Altar, i ese Caballero es el Apostol de Jesu-Christo Santiago, à quien los Castellanos llaman en las Batallas, i le hallan siempre favorable.* En esto Diego de Ordàs se iba retirando, con trecientos Hombres, por la Calle de Tacuba, i Cortès, que peleaba en la de Yztapalapà, fue à socorrerle, atada la rienda al brazo, por la herida de la mano: alanceò muchos, rebolvieron sobre ellos, de manera que los hicieron huir. Bolvió adonde dexò sesenta de à caballo, i docientos Infantes, hallò que se retiraban, dixo, que era verguença hacer tal, Hombres Castellanos: cargòlos, i pufolos en huida. Fue à ver lo que se hacia en otra parte, i hallò, que los Indios llevaban à su gran Amigo Andrés de Duero, i à su Caballo. Ganò el Caballo: i Andrés de Duero, viendo el socorro, començò con vna Daga à desbarrigar Indios, i luego Cortès à alancear, i así escapò. Otro dia por la mañana se bolvió à la Batalla, tan reñida como antes, i los Indios pusieron fuego à la Casa, viendo que los Christianos se defendian. Hicose diligencia en matarlo, derribando vna pared, i aquel Portillo se fortificò con Artilleria, i reparos; i porque de vna Torre, que estava en las Casas de Moteçuma, hacian daño, Cortès determinò de ganarla. Fue con docientos Castellanos, i fue cosa misteriosa, que hechando tan grandes maderos por las gradas, atravesados, que se podian llevar diez, i doce Hombres, se bolvian de punta, i así no hacian daño. Ganò la Torre, matò à los que la defendian: entrò por la Ciudad, quemò mas de mil Casas, ganò siete Puentes,

Los Indios llevan preso à Andrés de Duero, i Cortès le socorre.

matò Gente sin numero: i aqui llegò de priesa vno de à caballo, à decirle, que los Señores Mexicanos le querian hablar de paz. Holgò de ello, mandò, que Pedro de Alvarado, i Gonçalo de Sandoval, fuesen con sesenta de à caballo, i que con quatrocientos Infantes quedase Juan Velazquez de Leon, para que no se perdiessen las Puentes ganadas. Fue à los Mexicanos, saludòles con mucha gracia: dixeron, que por que no se iba, como lo havia prometido, pues venia Navios, i no les daba à su Señor Moteçuma; i platicando sobre esto, le llegó aviso, que eran perdidas las Puentes: acudiò à focorrerlas, hallò muerto à Juan de Soria, i à otro, i caidos cinco Caballos: cobrólos, i peleò tan valerosamente, que con sola su Persona restaurò las vidas de muchos.

CAP. X. Que prosigue la Batalla de los Indios; i de la Muerte de Moteçuma.



LEGÒ Hernando Cortès al Alojamiento, con dos pedradas en vna rodilla, hallò la Gente mui confusa, porque como tardaba, pensaban que era muerto: alegraronse con el, continuabase la Batalla, los Indios abrían las Puentes, i peleaban de las Açoteas. Viò Cortès à vno mui galàn, à quien todos obedecian: embiò à Marina, para que preguntase à Moteçuma, si havrian dadole obediencia? Dixo, que no se atreverian en Mexico à elegir Rei, siendo el vivo. Quisolos mirar, dixo que eran sus Parientes, i que entre ellos estaban el Señor de Tezcucò, i el de Yztapalapà. Crecia la Batalla, hallabase Cortès mui confuso, i tambien Moteçuma, que debia de temer, que le matafen: dixo à Marina, que hiciese saber al Capitan, que queria subir à vn Petril, para hablar à sus Vasallos, con que podria ser, que viniesen en algun buen medio. Cortès holgò de ello, subió con docientos Castellanos de guarda, vestido Realmente, i con el Marina, para entender lo que se hablaba. Los Señores que subieron con el, hicieron señal, luego le conocieron: alçò la voz, dixo: *Que por el bien que les havia hecho, rogaria que le mostrasen agradecimiento: i que havia entendido, que*

Los Mexicanos preguntà à Cortès, por que no se yà?

Moteçuma habla à los Mexicanos.

*havian hecho Rei, porque estava preso, i queria bien à los Christianos: i que no creia, que dexasen à su Rei natural por otro, lo qual rogaria Dios: i que si havian peleado tanto por ponerle en libertad, se lo agradecia: pero que iban errados, porque de su voluntad se estava en aquellos Apofentos, que eran de su Casa, para hacer buen tratamiento à los huéspedes: que les rogaba dexasen las Armas, pues vno de ellos que moria, les costaba mas de dos mil, especialmente habiendo rogado con la paz, i no les habiendo tomado sus Haciendas, ni forçado sus Mugeres, ni Hijos, i con todo eso se querian ir: i que el saldria de alli quando quisiesen, porque siempre havia tenido libertad para ello: i que si le amaban, cesasen, i dexasen la passion, que nunca dexaba acertar.* Los Mexicanos le oieron con gran atencion; pero luego dixeron: *Calla, bellaco, afeminado, nacido para tener, i hilar, esos perros te tienen preso, eres vna gallina.* Bolvieron à pelear, tirando muchas piedras, i flechas: i aunque vn Castellano tenia cuidado de arrodelar à Moteçuma, quiso la desgracia, que le acertò vna piedra en las sienas: baxò à su Apofento, hechòse en la cama, i estuvo tan avergonçado, i corrido, que aunque la herida no era mortal, por el sentimiento, i por no querer comer, ni ser curado, en quatro dias se murió.

Moteçuma dice, que està de su voluntad con los Castellanos.

Los Mexicanos hieren à Moteçuma.

Moteçuma embia à llamar à Cortès, i le habla.

Sentimie to de Moteçuma cõtra los Suios.

No se cesaba de pelear, entretanto que Moteçuma estava en la cama: i viendo que le faltaban las fuerças, mandò llamar à gran priesa à Cortès, i sentado en la cama, arrimado à los coxines, con muchas lagrimas, tomándole por las manos, le dixo, que no sabia por donde començar, i que el era el Moteçuma, à quien tanto havia porfiado de visitar, i aquel à quien tanto en el Mundo havian reverenciado, que que desgracia havia sido la sua: que el no se alçò con Reino ageno: que havia hecho justicia, conquistado muchos Reinos, hecho muchas Mercedes, i que aquellos que no le osaban mirar, se huviesen atrevido contra su Rei, diciendo palabras, que no se dixeran à vn Esclavo, apedreando la Persona Real: i que el coraçon se le hacia pedregos, i acababa la vida con gran rabia, i que quisiera ver mucho el castigo de aquellos; pero que ià que no havia remedio, i que mas le acababa el ojo, que la herida, le rogaba, que pues moria por su causa, tuviese cuidado de sus Hijos, i castigase à los que le havian afrentado, i al que se havia alçado con el Reino. No pudo Cortès dexar de enterneçerse mu-

cho con estas raçones, i tomandole las manos, le suplicò, que no se asfijiese, que haria lo que le mandaba, como si el Rei, su Señor, se lo ordenara: que havia hecho mal en no dexarse curar, i que le daba su palabra de mirar por sus Hijos; i vengarle mui bien. Con estas, i otras muchas raçones, que le dixo Cortès, quedò mui consolado: i por ir à ver lo que pasaba en la Batalla, se despidió de el. Bolvió à verlo otro dia, que le dixeron, que estava mui malo, i hallòle mui angustiado: dioxle, que pues se havia concertado que se bauticase, que lo hiciese, i salvase el Alma, que alli estava Frai Bartolomè de Olmedo, que lo haria. Respondió, que por media hora que le quedaba de vida, no se queria apartar de la Religion de sus Padres; i luego murió, estando presentes algunos Señores de los que estaban presos con el, à los quales encomendò à sus Hijos, i la vengança, que desèd hasta el ultimo punto. Jamàs consintió paño, ni cosa, sobre la herida: i si se los ponian, mui enojado se los quitaba, descandose la muerte. Y en habiendo quatro horas que era muerto, se asomò Cortès al Açotea de la Casa, hiço señal, que cesase la Batalla, i que queria hablar à los Capitanes: dioxles, que havian dado mal pago à su Gran Señor, pues le mataron de vna pedrada, i que havia muerto mas de enojo, que de la herida: que se le embiaria para que le enterrasen, conforme à su costumbre, i que no porfiasen mas, pues Dios, que era justo, asolaria aquella Ciudad por sus manos. Dixeron, que ià tenían Caudillo, que no querian vivo, ni muerto à Moteçuma, i otras desverguenças tales. Bolvióles Cortès las espaldas: mandò à dos Señores de los que con el estaban, que lo sacasen acuestas, para que viesen que murió de la pedrada. En saliendo, corriò à el vn Indio, ricamente vestido, hiço grandes vilages, sin hablar, como quien decia, que cuerpo era aquel; i como le dixeron, que Moteçuma, señalò, que le bolviesen à los Castellanos, i luego fue corriendo àcia los Suios, i despues desaparecieron los que le llevaban, i los Castellanos no supieron mas de el, sino que le debieron de enterrar en el Monte de Chapultepeque, porque alli se oió vn gran llanto.

Fue Moteçuma Hijo, i Nieto de los Reyes de Mexico: i aunque fueron mui valerosos, les hiço ventaja, porque acrecentò su Imperio, i le tuvo en gran

Muere Moteçuma como Idolatra.

Adonde enterrà à Moteçuma?

Costumbres de Moteçuma.

Moteçuma ven- cido nue- ve Bata- llas cam- pales.

prosperidad. Fue mui liberal, mui tem- plado en comer: tuvo muchas Muge- res, procedia con ellas con templança, tratabalas bien, honrabalas mucho. Fue justiciero, no perdonaba à nadie, aun- que fuese su Hijo. Fue mui devoto, i curioso en su Religión: sabio en Paz, i Guerra: venció nueve Batallas campales; fue grave, i severo: i quando salia en publico, iba mui acompañado; i holgaba el Pueblo de verle: serviafe con mucha grandeça, i ceremonias. Quiso mucho à los Castellanos, à lo que exteriormente se comprehendió. Dende à poco que se llevaron el cuerpo, dixo Cortès à los Capitanes, que pues era justo, que le enterrasen como convenia à tan gran Rei, i eligiesen Sucesor: que para entender en dos cosas tan importantes, que se dexasen las Armas entretanto, porque él se quería hallar à sus Honras, i que por su respeto no les havia hecho maior guerra. Respondieronle, que no tratase de aquello, sino que se fuese, i otras muchas libertades, para que saliendo, le pudiesen coger entre puertas (como dicen) i con esto se acabò la platica.

CAP. XI. Que Cortès determi- nò de salir de Mexico: i la Bata- lla que tuvo en la reti- rada.



VIENDO Hernando Cortès, que su remedio consistia en las manos, salió con tres Mantas (que havian hecho en el Alojamiento) i con sus ruedas: lleva- ban treinta Hombres à cada vna, cubierta con tablas gruesas de tres dedos, fue la primera por la Calle de Tacuba, que es la mas principal de la Ciudad. Al principio se maravillaron los Indios, de ver aquellas maquinas: i iendo las otras dos por otras dos Calles, salió Hernando Cortès con los Castellanos, i tres mil Tlascaltecas: començaron à arri- mar Escalas desde los Ingenios, subian à las Agoteas baxas: i al principio iba la cosa bien, pero cargaron tantos Indios, i fue tan grande la furia de las pedradas, tirandolas de tres, i quatro arrobos, que maltrataron à los que iban en los Ingenios, i rompieron las tablas; i aunque otras veces havian tirado pie-

Los Cas- tellanos salen à pelear cò tres In- genios, q hicieron.

dras, jamàs fue como entonces: i sin poderse aprovechar del Artilleria, i Ar- cabuceria, fue necesario que se retira- sen los Castellanos, casi huyendo, lle- vando muerto vno de sus Compañeros, i muchos heridos, quedando mui sober- vios los Mexicanos; i aunque los Tlasc- altecas solian responder à las cosas que siempre decian, esta vez callaron, vien- do su negocio en mal estado: i Cortès, bien afligido, i arrepentido de no ha- verse ido quando pudiera, animosamen- te consolaba la Gente, i la daba esfuer- ço; i viendo se mui apretado de la ham- bre, i conociendo que aquel negocio iba sin remedio, bolvió à llamar à los Capitanes, dioxoles, que hacian mal en tratar mal à los buespedes, que cesasen las Armas, porque si no, les haria el mal que pudiese: i que advertiesen, que los Tlasc- altecas los combadaban con paz, i amistad contra ellos. Respondieron, que ià sabian que no eran Dioses, sino Hombres mortales, usurpadores de lo ageno, que mataban con la ventaja de las Armas: pero que ellos eran tantos, que los acabarían. Viendo, pues, Cortès la rabia de los Enemigos, que era mucha, la hambre, i que faltaba la Munición, tratò con los Capitanes, i con vn Soldado Principal, que se llama- ba Botello, que le havia dicho mu- chas cosas de las que le havian despues sucedido, que se saliesen aquella noche con secreto, pues los Indios no pelea- ban de noche. A vnos pareció bien, otros lo contradixeron, juzgando, que por estàr las Puertes abiertas, i ser la noche mui escura, iban en peligro. Botello, que tenia credito con Cortès, le dixo, que si peleaba de noche como con Narvaez, venceria. Afirmò, que convenia salir, i que supiesen, que moriria El, ò su Hermano, i algunos de la Com- pañia, i que se salvaria el Capitan, i otros muchos: i ninguno, si salian de dia. Hicieron diversos Consejos sobre ello: i al cabo, animosamente, conociendo la necesidad en que estaban, no teniendo esperança, sino en el proprio valor, i viendo que su salvacion consis- tia en la victoria, se determinaron de partir luego. Armaronse: mandò Cor- tès publicar, que los que quisiesen, to- masen del Tesoro que havia, à su vol- untad, que fue su cuchillo, porque el que menos tomò, salió mejor del caso, i Hernando Cortès pidió por testimo- nio, de como no podia el Rei dexar de perder aquella noche su quinto: i dixo à los Oficiales Reales, que lo tomasen, i sal-

Los Me- xicanos se enso- bervecen con la reti- rada de los Cas- tellanos.

Parecer de Bote- llo, acer- ca de sal- varse los Cas- tella- nos.

Necesita- tas in lo- co, spes in virtu- te, salus ex victo- ria. Tac- i sal-

i salvarsen, si pudiesen: i los que mas tomaron del Tesoro, fueron los de el Campo de Narvaez, que se juzgò valia setecientos mil ducados; aunque mu- chos afirman, que Cortès diò vna Ie- gua à los Oficiales Reales, para que la cargasen del quinto del Rei, la qual se perdió con ello, i tambien los Libros de la Quenta, i Raçon de la Real Ha- cienda, i los Memoriales, i Escrituras pertenecientes à todo lo sucedido, des- de que Cortès salió de Cuba.

Havia Cortès mandado avisar à to- dos, i ordenò à Alonso de Ojeda, que mirase los Aposentos, que no quedase ningun enfermo, ni dormido. Acordò- se, que à vno, llamado Francisco, aquella noche le diò frio: subió à vna Agotea, hallòle dormido, tiròle de los pies, dixole, que mirase que se iban, i si se quedaba, le matarian: diòse priesa, i alcanzò la Compañia. Llevaba Cortès vna Puente, porque sabia que las de la Ciudad estaban quebradas. Diò la Van- guardia à los Capitanes Gonçalo de San- doval, i à Antonio de Quiñones, con docientos Hombres, i veinte Caballos. La Retaguardia à Pedro de Alvarado, Christoval de Olid, Diego de Ordàs, i Juan Velazquez. Cortès gobernaba lo de- mas del Exercito. La Puente llevaban cinquenta Hombres, con el Capitan Ma- garino, todos escogidos, i juramenta- dos de morir: i si como llevaron vna Puente, fueran tres, pocos se perderian. Llevaban vn Hijo, i dos Hijas de Moteçuma, i otro su Hermano, i al- gunos Señores, que tenian presos, con intento de servirse de ellos, de medio para cobrar la Ciudad. Tomò para sí cien Soldados, escogidos, para acudir à las necesidades. Los de à caballo toma- ron à las ancas à los heridos, i enfer- mos, i de esta manera salieron con silen- cio. No fueron sentidos, hasta que Ma- garino puso la Puente sobre el primer ojo: sintieronle las Guardas, tiraronle muchos tiçonacos, tocaron al Arma, acudieron infinitos Indios en vn mo- mento, como no tenian para que dete- nerse en armarse. Peleò con ellos va- lientemente, matò muchos, puso bien la Puente, pasó el Exercito, i los In- dios Amigos. Havian acudido en el en- tretanto, à las otras Puentes, infinitos Mexicanos: procurò Magarino levan- tar el Ponton, no le pudo sacar, por- que afixò mucho, i los Enemigos le cargaban, metiendose en Canoas, i por Tierra, i hirieron à muchos de los cin-

Los Cas- tellanos se salen de Mexi- co. de No- che.

Los Cas- tellanos son senti- dos.

Los En- migos car- gan mu- cho à los Cas- tella- nos.

quenta Compañeros. Era grande la gri- ta, diciendo: Mueran los Perros Christia- nos. Llegaron al segundo ojo de la Ca- lle de Tacuba, porque en esta havia tres no mas, i en la de Yztapalapà, siete. No havia mas de sola vna viga, i no an- cha, i los de à caballo no podian pasar por ella, i como aqui cargò la fuerça del Enemigo, fue miserable el estrago, que se hizo en los Christianos: i tanto el que ellos hicieron en los Mexicanos, que con los cuerpos muertos se cegó el ojo: i Cortès no se descuidaba, por- que hacia el oficio de Soldado, i de Capitan, valerosamente. Hallò, por vn lado de esta Acequia, tentado, vn va- do: pasó por él con el Agua à la Silla, i pasaron los de à caballo, i algunos de à pie. Bolvió al Agua, i peleando en ella, diò lugar à que muchos de à pie pasaron por la viga, quedando muertos, i ahogados muchos Castellanos. Llegaron al tercer ojo, adonde Gonçalo de Sandoval estaba ià peleando: i bolvió à Cortès, dixole, que no era mucha la Gente, que defendia el tercer ojo, pe- ro que los Soldados estaban desanima- dos, i convenia, que acudiese con su presencia. Pasò la Vanguardia, dexòla à cargo de Juan Xaramillo, i bolvió à ver como andaba Alvarado en la Ret- aguardia: topòle Christoval de Olid, di- xo, que Alvarado estaba en peligro: pasó el ojo peleando, topò con Alva- rado, i certificandole, que aunque que- daban muchos muertos, eran pasados los vivos, fueron adelante. Espantòla cosa fue el aprieto que hubo en este paso, i lastimosa el oír à los Castellanos: *Aquí, aquí, ayuda, ayuda*, con la escuridad de la Noche. Los que perecian en el Agua, decian: *Socorro, que me abogo*. Los pre- sos: *Dijs sea conmigo, misericordia*. Los vencedores decian: *Mueran*; i de esta manera todo era grita, confusion, heri- das, muertes, prisiones, i espanto, an- gutias, i gemidos. Haviase reducido la Batalla en la vltima Puente; i como Cortès, por hacer espaldas à su Gente, se havia quedado atrás, oiendo la grita, acudiò con cinco Caballos, viòlo todo confuso, i perdido, muchos muertos, ahogados, i presos: oiò dolorosas voces de los que morian, i aunque algunos pe- leaban, no havia Hombre con Hom- bre. Peleò lo que pudo, animòlos, i concertòlos. Alvarado, que iba detrás, i era mui cargado, i resistia valiente- mente, su maior cuidado era dár priesa en

Misera- ble estra- go, q ha- cè los In- dios en los Cas- te- llanos.

La Gente Castella- na està desanima- da.

Utrum- que, & Reitor bo- nus, & bo- nus Indu- perator. Hom.

Acude Cortès cò cinco Ca- ballos al socorro de los Cas- tellanos.

en animar à que siguiesen, i tambien menear las manos, i ià todo era pafar sobre cuerpos muertos, i oir dolorofas voces; pero aumentandose los Enemigos, i creciendo fu furia, gñta, i rabia, viendo que ià no se podia mas hacer, i que era el vltimo remedio la muerte, i no haviendo pafio en aquel ojo, fino el de el Agua, adonde era cierto el peligro de fer ahogado, ò muerto, ò preso de los que andaban, en las Canoas, que eran infinitos, arrimandose en fu Lança, saltò de la otra parte del Agua, con gran admiracion de los que lo vieron, así Castellanos, como Indios: i con fu exemplo probaron muchos, pero ninguno alcançò. Algunos se ahogaron, otros salieron del Agua con dificultad. Llamaronle desde entonces, Alvarado del Salto; i al pafio, el Salto de Alvarado, porque era tan ancha el Acequia, ò Arroio, que admirò siempre à quantos lo vian, i espanta à todos los que oi dia lo ven. Era Natural de Badajòz, Hijo del Comendador de Lobòn.

El Salto de Pedro de Alvarado.

CAP. XII. Que Cortès prosigue su retirada la buelta de Tlascala, cargando siempre los Mexicanos.



Quedan muertos 150 Castellanos. 140 presos.

Quanto pecunia ditas. Et voluptatibus opulenti, tanto magis imbelles. Tac.

ON este trabajo fallieron los Castellanos à la Tierra firme, quedando muertos ciento i cinquenta Soldados, con quarenta presos, que fueron sacrificados, i ciento, que se bolvieron à la Torre del Templo, adonde se hicieron fuertes tres Dias, i por la hambre se dieron, i murieron la misma muerte. Perdiòse todo el Bagage, el Artilleria, i quanto tenian. Los que menos Oro tomaron, i mas ligeros iban, pelearon mejor, i libraron mejor. Faltaron todos los Prisioneros, quarenta i seis Caballos, i quatro mil Indios Amigos. No pudo Cortès tener las lagrimas, por tan gran pèrdida. Acordòse de lo mal que lo hiço en no visitar à Moteçuma, luego que llegò à Mexico, i no haverse salido quando pudo, sin peligro, i de haver repartido el Tesoro, que tanto daño hiço. Considerò la mudança de la fortuna, dolianle los Amigos muertos, yerse cón tan poca Gente, huien-

do, sin saber adonde, sin comida, ni socorro; pero encomendandose à Dios, recogió, i ordenò los que tenia, que serian quinientos Soldados, i veinte i seis Caballos. Preguntò por Martin Lopez, hallò que estaba allí, i holgò de ello, i tambien de que no se huviesen perdido Geronimo de Aguilar, ni Marina. Y porque cargaban los Indios, con buena orden se encaminaron à Tacuba: aqui se subió vn Castellano sobre vn Cereço, i se estuvo, hasta que viendo bolver los Indios, del alcance de Cortès, se metió en vnos Maigales, adonde hallò otro, i se fueron salvos à el: i dixo, que los que bolvian, le parecieron mas de docientos mil. Fue vno de los Soldados, que se salvaron en este trance, Juan Tirado, Hombre valiente: el qual, por memoria, hiço à su costa vna Hermita, en la vltima Puente, en reverencia de S. Acacio, que oi dia se llama de los Martires. Fueron peleando hasta Tacuba, siempre de noche, adonde no hicieron daño ninguno los Naturales à Cortès, de que se quexaron los Mexicanos, i siguiendo siempre à los Christianos: iba Cortès adelante, siguiendo la Retaguarda, por el hilo de los muertos. Llegò à vna quebrada, adonde se vieron en trabajo: bolvió Cortès à ver lo que pafaba, diò animo à todos fu presencia, porque los Indios los fatigaban. Llevaba vn Castellano tres mil Pesos de Oro, i dixo: Señor, que hará de esto, que no puedo andar? Respondió Cortès: Dad al Diablo el Oro, si os ha de costar la vida: i hechòlo, i salvòse con los otros. Seria ià salido el Sol, quando tomaron vn pequeño Templo, con vna Torre en vn alto, siendo todo el Campo raso, à donde los Caballos alanceaban muchos Indios; i aqui se señaló mucho Gonçalo Dominguez, Hombre diestro, i valiente. Desde lo alto de la Torre todavia se ofendia à los Indios, de manera, que no llegaban tan atrevidamente. Detuvòse Cortès, esperando si acudian los Castellanos, que havian quedado en los Maigales: llegaron muchos, i vn Sopena con muchos flechaços, que por hacerse muerto escapò. A este Templo llamaron de la Victoria, i despues Nuestra Señora de los Remedios. Entendiòse, que los Indios hicieran maior daño, sino se ocupàran en robar los muertos: i los Principales, en llorar à los Hijos de Moteçuma, que tambien hallaron muertos en el camino. Repofaron

Juan Tirado. en memoria del apretura en que se viò en Mexico; hiço la Hermita de S. Acacio

Cortès se hace fuerte en vn Templo, porque está en vn sitio alto.

Estaban in usum prelorum se possit, velu tela, atque arma bello referuntur. Tac.

faron

Los Castellanos parten la buelta de Tlascala, dexando muchos fuegos encendidos.

Pelean los Indios con los Castellanos.

Estaban in usum prelorum se possit, velu tela, atque arma bello referuntur. Tac.

faron los Castellanos en este Templo, i à la Noche hicieron lumbré, con mas de quatro carretadas de las Varas, i Flechas, que havian tirado, combatiendo el Templo; i pasada media Noche, determinò de partir la buelta de Tlascala, con menos de quatrocientos Castellanos, i seiscientos Indios Amigos, i veinte i tres Caballos. Hiço ocho Capitanes, diò la Vanguarda à Diego de Ordàs, i el tomò la Retaguarda: puso los heridos en medio, con nuevo sentimiento de su desgracia: mandò, que nadie saliese de la orden, partiò à la sorda, guiando vn Tlascalteca, à poco mas, ò menos, porque no sabia bien el camino. Andada media Legua, fueron sentidos, cargaron los Indios, fueron peleando dos Leguas, hasta otro Templo, con vna buena Torre. Cinco de à caballo toparon vna grande emboscada de Indios, i pensando que era el Exercito, huieron: i reconociendo que eran pocos, bolvieron, juntaronse con los otros, todos cargaban, i peleaban. Repofaron en el Templo, hasta el Dia, que salieron para Tecopatlan, Pueblo grande, por camino fragoso: llamaronle de los Patos, porque havia muchos. La Gente se huiò: ellos repofaron alli dos dias, porque hallaron comida: fueron buscando el Camino de Tlascala, por Tierra mui poblada, recibiendo gran molestia de los Indios, i de la hambre, porque comian Iervas, i vn Castellano, aquejado de la hambre, abrió à otro muerto, i le comió los higados, i Cortès le mandò ahorcar: i no se hiço, à ruego de muchos. En vna quebrada diò Diego de Ordàs con gran multitud de Indios: reparò algo para ordenarse, pensaron que lo hacian de miedo: vn valiente Castellano tomò vna Vandera à Baraona, dixo: Santiago, i à ellos, i sigame quien pudiere: todos le siguieron, porque ià estaban tan vsados à pelear, que sin miedo ponian sus cuerpos à los flechaços: mataron muchos Indios, i los otros huieron, i el pafio quedò libre à la Retaguarda. Seguian los Indios por lo llano: i vn Soldado, dicho Hernando Alonso, con hambre, se apartò ocho pasos à comer de vnas Cereças, Alonso de Avila le tirò vna Lança, hirióle en vn brazo, de que quedò manco: i este castigo fue necesario para la conservacion de todos, porque en desmandandose el Soldado, le cogian, i le sacrificaban. La hambre apretaba, no ha-

via que comer, sino Acederas, Cereças, i Cañas de Maiz, que era pestilencia: i la lastima era de los enfermos. Tuvieron la Noche en vn Lugar pequeño: i porque mataron el Caballo à Martin de Ganboa, peleando bravamente, le cenaron de buena gana, hallandose Cortès al repartimiento, i la cabeça cupo à siete, ò ocho, que hicieron fiesta con ella: i aqui llegaron quatro Castellanos, que en los Cereços, que hai muchos por el Camino, se havian quedado, fatigados de la hambre, la qual sufrian los Tlascaltecas, con singular valor; cuias lastimas, en los peligros, eran notables: pedian en esta retirada el ayuda de Dios, hechandose en el suelo, mordiendo la Tierra, arrancando Iervas, i alçando los ojos al Cielo, decian: Dioses, no nos desampareis en este peligro, pues temis poder sobre todos los Hombrès, haced, que con vuestra ajuda salgamos de el.

Cenà los Castellanos el Caballo de Martin de Ganboa.

CAP. XIII. De la Batalla, que los Castellanos vencieron en la Campaña de Otumbà: i el Recibimiento, que se les hiço en Tlascala.



ALIÒ el Exercito del Lugarejo, otro Dia de mañana, siguiendo los Indios, irabiosamente, metiendose por las Lanças, i las Espadas. En llegando à vn gran llano, vn Indio, de gran cuerpo, mui galàn, i empenachado, con Rodela, i Macana, desafiò, vno por vno, à los Castellanos: salió à el Alonso de Ojeda, i tras el Juan Cortès, Esclavo Negro del Capitan General: no esperò el Indio, ò porque fueron dos, ò porque los quiso llevar à alguna emboscada. Yà que havian en Mexico sacrificado à los Castellanos, salieron infinitos, mui bien armados, i adereçados: i juntandose mas de docientos mil, en los Campos de Otumbà, adonde en esta ocasion se hallaban los Castellanos, los fueron à acometer, con mucho estruendo de sus Musicas, i espantable voceria: i como iban vestidos de blanco, parecia el Campo nevado. Esta vez se tuvieron los Castellanos por acabados, i los mas animosos lo confesaron.

Docientos mil Indios se juntan en los Campos de Otumbà.

Jun.